

constitucion. Muerto Honorio, y sucediéndose rápidamente vanos fantasmas de Césares que ocuparon su lugar, experimentó Roma la caída que la sepultó para siempre.

### LIBRO DÉCIMOCUARTO.

**Desde la decadencia del Imperio de Occidente en el año 423, hasta la muerte de San Agustin en el de 430.**

Tienen tal enlace con los intereses de la Iglesia algunas revoluciones y acontecimientos políticos, que no es posible pasarlos en silencio; así pues recorreremos con rapidez los que en los designios de Dios tienen marcada conexión con los objetos de un orden superior. Tal es principalmente la caída de la idólatra y soberbia Roma. El mas sublime de los escritores evangélicos habia trazado ya varias imágenes terribles de esta nueva Babilonia, abandonada al furor de las naciones por haberse embriagado con la sangre de los Santos, y la sentencia del cielo llevóse á efecto por medio de las causas segundas; y las primeras convulsiones del coloso enorme del imperio principiaron á oírse dentro de su propio seno.

Como las riendas del gobierno habian aflojado de un modo prodigioso, pasando de manos del gran Teodosio á las débiles de dos niños, los ministros y generales llenaron de turbulencias el Estado con su ambición, sus rivalidades y sus venganzas. La patria sufría continuas pérdidas en la multitud de los valientes guerreros y sabios capitanes que sacrificaba la envidia de los aduladores; y sufríalas tambien aun en la muerte de los ambiciosos, que pudiendo servir útilmente

á su príncipe, y queriendo mas ser sus tiranos, venian á ser víctima de sus designios execrables. Estas pérdidas, verdaderamente ruinosas y siempre mal reparadas, se hacían mas graves, porque al momento se suscitaban otros nuevos ambiciosos, en quienes el interés particular podía mas que el bien público, así como el atractivo de la posesión del trono podía mas en ellos que el el peligro que habia en usurparle.

No contentos con talar las provincias, y especialmente la Italia que era, por decirlo así, la parte noble del cuerpo del Estado; no contentos con ser causa, por sus latrocinios y violencias, de innumerables emigraciones tan funestas al Occidente que abandonaban los fugitivos, como gravosas al Oriente en donde buscaban asilo, atraían, en lugar de los romanos naturales, á los enemigos jurados del nombre y grandeza de Roma. Ya mucho tiempo antes se habia visto á las naciones bárbaras y salvajes hacer varias irrupciones por las fronteras, ora para aliviar sus necesidades é indigencia con el saqueo, ora para estender los límites de los países estériles, en donde estaban como encerrados. Mas cuando los mismos romanos les hicieron perder el respeto al nom-

bre romano, y cuando los bárbaros llegaron á perder aquel temor reverencial y casi religioso; entonces, semejantes á un torrente que rompe sus diques, traspasaron con ánimo de no retroceder las barreras que se les habia alentado á forzar, llevando la desolación y el estrago á las mas florecientes provincias y hasta al seno mismo del Imperio. Los alemanes, pueblo particular de la Germania, eternizaron en todas estas comarcas su nombre y su poder; los francos y los borgoñones inundaron las Galias; los pictos entraron en la Gran Bretaña; los godos occidentales, los suevos y los vándalos, después de haber talado las Galias, subyugaron diferentes provincias de España; los hérulos y ostrogodos penetraron hasta la Italia, y se hicieron sucesivamente dueños de Roma; todos, en una palabra, hasta los lombardos, con otras hordas igualmente oscuras, quisieron tambien insultar á la águila moribunda de los Césares.

Valentiniano III, que contaba solos seis años cuando sucedió á su tío Honorio, carecía de las cualidades propias para sostener en tan difíciles circunstancias el vacilante imperio. Era hijo de la princesa Placidia, hermana del último emperador; y de Constancio, condecorado con la púrpura, que habia ganado derrotando al tirano Constantino, y de la que á los seis meses se vió privado por la muerte. Placidia, poco antes de morir Honorio, se habia visto obligada á guarecerse en Constantinopla con su hijo, á causa de sus inteligencias en Occidente con los enemigos del imperio, y entonces el primicerio de los notarios, esto es, el primer secretario de Estado, se aprovechó de esta ausencia para arrogarse el poder supremo, haciéndose proclamar emperador en Rávena, donde se mantuvo año y medio. Juan (así se llamaba el ambicioso secretario) sostenido en Italia por Castino, gefe de la milicia, quiso que le reconocie-

sen tambien en Africa, en donde mandaba el conde Bonifacio, muy amigo entonces del santo obispo de Hipona, y que se distinguía por una piedad digna de esta amistad, y por consiguiente era fiel á su príncipe y á todas sus obligaciones (1). Detestaba por otra parte la fiera arrogancia de Castino, y tenia otros motivos particulares para no estar contento con él: circunstancias que le resolvieron á declararse con vigor en favor de Placidia y á hacer reconocer á Valentiniano. Sostuvo tambien Teodosio el partido del joven emperador, que era primo hermano suyo, y envió un ejército en su auxilio.

El usurpador habia atraído á su partido las innumerables tropas de bárbaros, que por todas partes amenazaban al imperio, y parecia imposible hacer frente á tantos enemigos. Sin embargo, el brazo del Todopoderoso protegía á los fieles, y quedaron triunfantes por el concurso de una multitud de incidentes tan singulares y tan oportunos, que seria temeridad no atribuirlos á efecto visible de una providencia particular. Fué derrotado Juan, y sorprendido y muerto en Rávena. Para aumentar su partido habia protegido á todos los enemigos de la Religión; mas apenas Valentiniano vencedor se vió en posesión del soberano poder, ó mas bien Placidia bajo su nombre, espulsaron de las ciudades á todos los hereges y cismáticos, y se confirmaron los privilegios de la Iglesia, en particular el que tenían los clérigos para no ser demandados, sin distinción de causa, ante los tribunales seculares.

Restablecida la calma en Occidente, llevóse de Africa á Roma una causa célebre aun en el día de hoy por sus consecuencias, ó por la diversidad de dictámenes y reflexiones á que ha dado margen. Fué esta la apelación de Antonio, obispo de Fúsala, á la

(1) Philostr. lib. 9 hist. cap. 13.



Santa Sede (1). Era Fúsala una pequeña ciudad situada en las estremidades de la diócesis de Hipona, poblada totalmente en otro tiempo de cismáticos así como su territorio; mas San Agustín, á fuerza de peligros, trabajos y oraciones, habia logrado convertirlos á la unidad católica. Distaba mas de trece leguas de Hipona, estension notable en aquellos tiempos antiguos para una diócesis, y necesitaba de una vigilancia y cuidado muy particular; por eso Agustín hizo que el Patriarca de Numidia ordenase obispo de aquella ciudad á Antonio, de quien acabamos de hablar, y al que creía capaz de cumplir dignamente con este importante cargo, porque le habia educado desde niño en su monasterio. Pero los mas grandes Santos y los ingenios mas sublimes no están siempre libres de las inadvertencias que nacen únicamente de la bondad de su corazón. Era Antonio todavía muy joven, y ascendiendo desde el grado de simple lector al de obispo, no tardó en dar á conocer que carecia de aquella virtud sólida y probada por largo tiempo que se requiere para el episcopado. Se condujo tan mal, ejerció un dominio tan insoportable y cometió tantas injusticias, violencias y aun exacciones, que su pueblo le delató á los obispos de la provincia, y lejos de sostenerle San Agustín, su antiguo protector, fué el mas celoso de todos en reparar un mal de que le acusaba la delicadeza de su conciencia. Depusieron al joven obispo, pero con ciertas atenciones, despojándole solo de la administracion de su Iglesia que ya no podia soportarle, y no de la dignidad y título de obispo.

Antonio se sometió ó fingió someterse; pero habiendo encontrado medio de ganar á su primado, y de que le diese cartas de recomendacion para el Papa Bonifacio que

(1) August. *Epist.* 209 alias 261.

aun vivia, apeló á la Santa Sede. El Sumo Pontífice le volvió á enviar á Africa con cartas en que mandaba se le restableciese en su Silla; mas con la cláusula espresa de que fuesen ciertos los hechos que habia espuesto. Así las cosas murió Bonifacio, y habiéndole sucedido Celestino, le pidió San Agustín que se sobreseyese en este negocio; y para demostrar que se habia sorprendido á Bonifacio, en la expedicion de sus cartas apostólicas, contra la verdad de los hechos, le remitió todos los documentos del proceso.

Unió á las pruebas ordinarias una justificacion completa de la sentencia de los africanos, que el culpable representaba como absurda y contradictoria. «Debia yo, decia Antonio, ó conservar mi Silla, ó ser absolutamente depuesto del episcopado; y la sentencia pronunciada contra mí se contradice por sí misma.» Sobre este punto demuestra San Agustín que la sentencia que castiga á un obispo puede ser justa y prudente sin que se le condene á la deposicion. Deben notarse sus palabras, las cuales prueban ademas con claridad que la costumbre de recurrir á Roma no era nueva en el caso de que se trataba. «Podria, dice, citar una infinidad de sentencias dadas ó confirmadas por la Silla Apostólica; mas para no traer á la memoria lo que tanto dista de nuestra edad, me limitaré á ejemplos recientes. Ademas de Prisco y Victor, obispos en la provincia Cesariense, que sin perder sus iglesias, fueron privados del derecho de obtener la primacia cuando les tocase su turno segun el uso; Lorenzo, de la misma provincia, se encuentra precisamente en el mismo caso de Antonio, por haber sido privado de su Silla, sin ser depuesto del episcopado; y estas sentencias, añade, han sido confirmadas por la Silla Apostólica.»

En otro lugar, hablando de la causa de Ceciliano de Cartago con los donatistas, afirma que este obispo hubiera podido des-

preciar la conspiracion de aquella multitud de enemigos, puesto que estaba en comunión con la Iglesia Romana, en la que se hallaba pronto á defenderse, si sus enemigos hubiesen intentado hacerle privar de esta comunión. Pero la conducta del santo obispo de Hipona, aun en solo la causa de Antonio de Fúsala, muestra claramente su deferencia y respeto á la Silla apostólica, aun en caso de apelacion, al menos en la deposicion de los obispos, pues siguió él mismo la de Antonio. No impugnaba el derecho de apelacion á Roma considerado en sí mismo; pero se lamentaba de la estension extraordinaria y peligrosa que parecia dársele, y se oponia principalmente á los abusos que se cometian algunas veces en su ejecucion.

Así se infiere de su carta al Papa Celestino, cuando dice: «Ruégoo por la memoria de San Pedro, que encarga á los prelados no usar de una dominacion violenta con sus hermanos; ruégoo por la sangre de Jesucristo, eviteis que un pastor culpable y legítimamente depuesto sea restablecido en su silla, y particularmente que lo sea del modo que él amenaza al pueblo de Fúsala, esto es, con mano armada y por el brazo secular. Librad á los fieles fusalianos del terror en que gimen, y que no digan que despues de haber entrado en el seno de la unidad son peor tratados por parte de un obispo católico como ellos, que lo eran en otro tiempo en su cisma por el rigor de las leyes imperiales. Compadeceos de mí mismo y de mi ancianidad, porque os abro mi corazón y en la amargura de mi alma os declaro que estoy resuelto á dejar el obispado y á ocuparme tan solo en llorar mi falta, si he de ver morir á un mismo tiempo las ovejas y el pastor que mi imprudencia les ha dado.»

El tiempo ha destruido la respuesta de San Celestino; mas se tiene por indudable

que evitó este pesar al obispo que mas honraba entre todos; pues este Pontífice es quien revistió los escritos de Agustín de la autoridad y estimacion de que gozan en la Iglesia; y es muy cierto que el ilustre doctor siguió rigiendo no solo su iglesia de Hipona, sino que al fin de su vida tenia tambien las riendas de la de Fúsala, en la que por consiguiente no habia vuelto á entrar Antonio.

En el mismo pontificado de Celestino se renovó la causa del sacerdote Apiario, ó por mejor decir, con ocasion de ella la de las apelaciones en general (1). Recurrió tambien á Roma este mal sacerdote y puso en movimiento tantos artificios que logró se le enviase otra vez al Africa con el legado Faustino, que antes lo habia sido de Zósimo y Bonifacio. Los africanos se reunieron en número de quince obispos, á cuyo frente se hallaban los primados de Africa y de Numidia: examinaron de nuevo el negocio, y confirmaron la condenacion de Apiario. Opúsose solo Faustino á todos estos prelados y con un orgullo y parcialidad tan repugnantes, que no tanto parecia juez, cuanto fautor del desorden. Mas la conciencia del delincuente libró de dudas á los jueces en el momento que menos era de esperar. Los Padres ansiaban con sinceridad que pudiera justificarse, y tenian algunas esperanzas de que lo conseguiria, segun se esplican en su carta á Celestino; mas no pudiendo Apiario resistir los remordimientos de su conciencia y el temor de la divina justicia, confesó públicamente una multitud de crímenes enormes, y se sujetó á la sentencia que le alejaba para siempre del ministerio eclesiástico.

Empero el abuso que el legado habia hecho de su autoridad, y el riesgo á que habia espuesto la disciplina eclesiástica en

(1) *Epist. Conc. Afric.* tom. 2. *Concil.* pág. 476.



Africa, obligaron á los obispos africanos á elevar sus representaciones á la Santa Sede, pidiendo entre otras cosas con las mas vivas instancias que los Sumos Pontífices acogieran en lo sucesivo con mas circunspeccion las quejas de los particulares, y que no confiaran en tanto grado de unos descontentos sospechosos, ni debilitasen unas decisiones sábiamente acordadas. Hé aquí sus propias palabras: «Después de tributaros nuestros justísimos respetos, os rogamos encarecidamente que no escuchéis con demasiada facilidad á los africanos que recurran á vos, ni admitáis á vuestra comunión á los que nosotros hubiésemos excomulgado. Observará fácilmente Vuestra Santidad que tal es la definición del Concilio de Nicea; y si en él se toma esta precaución con los clérigos y legos, con mucha mas razón quiere el santo Concilio que se observe con los obispos, y que una vez suspensos de la comunión en su proviucia, no los restablezcáis con precipitación ó fuera de tiempo.

De este modo hablaban los prelados de Africa, después de haber examinado los ejemplares auténticos é incontestables de un Concilio tan venerado por una y otra parte. No exigían la supresión de las apelaciones en general, ni rehusaban aceptar las resoluciones de Roma; pero querían que se tratase en ellas con mas miramiento la jurisdicción inmediata, y que las apelaciones no se extendiesen á los innumerables negocios de los simples sacerdotes, á casos nocivos y perniciosos á la disciplina y á la probidad misma; como por ejemplo, las apelaciones de las sentencias dadas por jueces elegidos por los acusados. Esta petición es una nueva prueba de su sumisión en cuanto á lo esencial del derecho pontificio. Lo que dicen después acerca de que los negocios debían sentenciarse en el mismo lugar donde principiaron á ser juzgados, por causa de la dificultad que hay en seguirlos mas

allá de los mares, y la repugnancia que muestran en admitir á los ejecutores que en su conducta parecía que ejercían una dominación secular, confirma la misma doctrina. Por último, la principal controversia versaba sobre el modo de proceder y no sobre la autoridad de la Santa Sede tan expresada en los cánones y que jamás dejaron de respetar.

Carecemos de la respuesta del Papa Celestino á las quejas de los obispos de Africa; mas por los sucesos posteriores vemos que no se abolieron ni se interrumpieron las apelaciones, ni aun en cuanto al método de enviar jueces á los lugares de las causas. Púsose remedio al abuso, esto es, á la dureza tiránica de los clérigos ejecutores, que autorizados por las potestades seculares para llevar á efecto las sentencias eclesiásticas, mostraban no pocas veces el orgullo de una dominación mundana. Por lo que hace á los cánones citados como de Nicea y que eran del Concilio de Sárdica, los africanos, mejor informados, lejos de desecharlos como apócrifos ó sin autoridad, los colocaron entre las leyes canónicas; pues se encuentran con su verdadero nombre en la célebre concordancia ó colección de cánones de Ferrando, diácono de Cartago, que estaba en el mas alto grado de estimación en toda el Africa á fines del mismo siglo. Sus principios mismos chocaban tan poco á los africanos, que este compilador no tuvo reparo en poner el siguiente título á esta parte de su colección: *Del Concilio provincial que pueden comenzar de nuevo los legados del Papa, si lo juzgan conveniente.*

No interrumpieron nunca estas discusiones la comunión entre la iglesia romana y la de Africa, y los hereges que aseguran lo contrario, no alegan mas que documentos falsos y evidentemente convencidos de tales por los groseros anacronismos que contienen. En efecto, ¿cómo es posible,

por ejemplo, que estos mismos africanos, que muy poco después vemos sacrificados al furor herético de los vándalos, fuesen venerados por la Iglesia romana como unos Santos mártires, si hubiesen sido cismáticos? Nada muestra mejor hasta qué punto puede fascinar el espíritu de error á los enemigos de la Iglesia y de la Cátedra Apostólica que el verlos ostentarse triunfantes con este hecho de Apiario, como si fuera el escollo donde se estrellaran para siempre el Primado romano y el dogma de su unidad. Para persuadirse de cuanto se alejan en esto de la buena lógica y aun del buen sentido, bastará observar que solo se trataba de la condenación de las personas y de materias enteramente distintas de la fé. Y si el clero de Africa resolvió después que cualquiera que se juzgase agraviado pudiese apelar al Concilio de la provincia ó al Concilio universal, fuera de que no se trataba ya de sentencias apostólicas y mucho menos dogmáticas, sabemos por otra parte, que por el nombre de Concilio universal ó plenario en el estilo de estos Padres, como lo observó Natal Alejandro, solo daban á entender el Concilio nacional del Africa.

En San Agustín, que era el oráculo de su siglo y principalmente del Africa, no se lee cosa alguna que no muestre la mas religiosa é inalterable armonía entre esta parte del mundo cristiano y la Sede Apostólica. En todas partes habla de la Iglesia romana con el respeto y tierno amor de un hijo para con su madre; y este era el fundamento de las eminentes virtudes de que daba tan repetidos ejemplos en todo género. En medio de sus trabajos inmensos y á pesar del tiempo que pasaba escribiendo é instruyendo, sin omitir obra alguna de las que pueden edificar al cuerpo místico de Jesucristo, no le faltaba tiempo para los ejercicios particulares de la caridad, de la

beneficencia, de la hospitalidad y aun para ser árbitro y conciliador de las diferencias de los fieles de todo estado y aun de las personas de toda religión.

La fama de su santidad y de sus luces había llegado hasta el mas escondido rincón del mundo. Dos habitantes de Cesarea de Capadocia, á saber: Pablo y Paladia, hermanos, vieron en sueños á un anciano venerable y se les advirtió que era el obispo de Hipona en Africa, á donde debían acudir para lograr la curación de una enfermedad tan dolorosa como singular era su principio (1). Hacia algunos años que experimentaban en todos sus miembros una espantosa convulsión, que no habían podido moderar ni los remedios mas costosos, ni los mas largos viajes. Hicieron en todas partes patente su desgracia, mas en ninguna encontraron alivio. Llegaron por fin á Hipona poco antes de la Pascua, y principiaron á frecuentar la iglesia, donde el año anterior habían sido conducidas las reliquias tan famosas del mártir San Esteban. Allí concurrían todos los días llamando la atención de una infinidad de gentes, que miraban con lástima su lamentable situación.

La mañana de Pascua, en medio de un concurso mucho mas numeroso que los demás días, después de haber orado Pablo delante de las reliquias, se echó súbitamente en el suelo, y quedó como dormido; mas estaba tranquilo y no convulso, y eso que su convulsión nunca le abandonaba ni aun durante el sueño. Ignoraban los circunstantes si debían temer ó recelar de esta especie de letargo, cuando de repente se levantó sin la menor agitación y perfectamente sano. Condujéronle al sitio en donde estaba sentado el venerable prelado, esperando la hora de celebrar los santos

(1) August. de Civit. Dei, lib. 17, cap. 9.